

LA MALA MEMORIA

Heberto Padilla, uno de los poetas más importantes en lengua castellana, nació en Pinar del Río, Cuba, en 1932 y murió en Nueva York, Estados Unidos de América, en 2000. En el proceso de la revolución cubana ocupó cargos directivos de importancia. En 1967 se convirtió en el centro de una polémica ideológica. No obstante, al año siguiente, obtuvo el Premio Nacional de Poesía de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba con su libro *Fuera del juego*. En 1971 fue encarcelado junto con su esposa, la poetisa y escritora Belkis Cuza Male, acusados por el Departamento de la Seguridad del Estado de «actividades subversivas». Merced a la presión de intelectuales tales como Sartre, Simone de Beauvoir, Alberto Moravia, Mario Vargas Llosa, etc., fue liberado y, en 1980, fue autorizado a abandonar su país. Ese mismo año concluyó su novela *En mi jardín pastan los héroes*, traducida a siete idiomas.

Heberto Padilla

LA MALA MEMORIA



De la presente edición, 2018:

- © Herederos de Heberto Padilla
- © Editorial Hypermedia

Editorial Hypermedia
www.editorialhypermedia.com
www.hypermediamagazine.com
hypermedia@editorialhypermedia.com

Edición: Editorial Hypermedia
Diseño de colección y portada: Herman Vega Vogeler
Corrección y maquetación: Editorial Hypermedia

ISBN: 978-1-948517-15-7

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

PLIEGOS DE TESTIMONIO

Por las esquinas amarillentas de la hoja de papel, se les ve caminar, desaparecer al doblar la página. Habitan una isla en el trópico de la guerra, una isla donde todos los vasos están rotos, una isla a caballo. Entran en los suburbios de la tarde y en los hoteles de paso, navegan en una cama de velas blancas, mientras él canta y ella es un ruido más, una ola debajo de la cama. Mejor callarse y dejarlos que duerman y dejarlos que vivan y dejarlos que mueran. Al pie de la foto unas cuantas líneas atestiguan el hecho: ninguno está seguro del otro, pero navegan, navegan con la isla por todos los mares del mundo.

Belkis Cuza Malé

En la noche del 31 de diciembre de 1958, regresé temprano a mi apartamento de Nueva York. Mi amiga Florence cenaría con su familia y apenas si pudimos vernos unos instantes, porque eran rigurosamente puntuales en sus reuniones de fin de año. A las nueve la dejé frente a su casa en el entonces apacible Washington Heights y rehice el camino de vuelta con gran prisa. En verdad me sentía extranjero en la enorme ciudad donde tantos se disponían a estar alegres, pero no le propuse a nadie que me invitara a despedir el año. Lejos de los míos desde hacía seis meses, no era yo, sin embargo, el clásico desdichado del Nueva York de 1958: Florence tenía los ojos húmedos cuando nos despedimos.

Yo era un experto en sus reacciones, sobre todo en sus ojos desmesurados y con frecuencia neutros. No es fácil apreciar el valor de ciertas relaciones, y en la juventud, si se trata de una mujer, se dan por sentadas. Sólo al comienzo de los treinta años descubre uno el pavor de convivir con una criatura igual y diferente. En los ojos de Florence, en sus gestos y en sus juicios que parecían coincidir enteramente con los míos, había un ser expectante, casi a la defensiva. Toda mujer inteligente observa al hombre con terror.

Yo no podría convivir hoy con el que fui. Mi adolescencia fue un largo trecho de ingenuidad crispada que apenas se disipó en la juventud. Una muchacha inglesa con quien atravesaba cierta vez una de las avenidas de Hyde Park, se sorprendió porque amonesté a un taxista que hizo un giro imprevisto: «Esto es inmadurez, Heberto, hay que ser justo»; y tuve la impresión, después de ese reproche, que se había vuelto más cautelosa frente a mí.

Mirando por la ventana caer la nieve, comencé a recitar como un idiota, hechizado, el poema de Robert Lowell «Man and Wife» que junto a otros de *Life Studies* eran mi tóxico adorable de aquellos días: «*Oh my Petite, / clearest of all God's creatures*». Me dormí con la facilidad con que siempre

lo he hecho, hasta en la cárcel, lo cual significa, me decía un expreso, «que no has tenido sufrimiento real».

Esa noche echaba de menos a Florence, y cuando sentí el timbre del teléfono que atronaba mi pequeño apartamento, lo incluí en el sueño como otras veces. ¿Quién podía llamarme esa noche? Como el timbre continuaba sonando, decidí en el sueño que alguien llamaba. Respondí quedamente y era una Florence quejumbrosa que decía que en mi país había ocurrido algo; y como nada podía ocurrir en mi país, opté por seguir durmiendo. Había cortado amarras con las cosas y todo mi ser se iba llenando de una calma creciente; pero Florence aparecía ante mí con visibles huellas de fatiga; se apretaba a mi lado, mojada, tiritando, «has bebido, despierta».

Y no era un sueño, mis amigos subían la escalera, entraban en mi casa. Batista había huido, la revolución había triunfado. Me levanté de un salto, me eché toda el agua que pude en la cabeza y me encontré con Florence temblando aún ante mí. Abrí las ventanas, el aire helado llenó la habitación y de repente me sentí despejado. Nos abrazamos estrenando una alegría inédita y corrimos a despertar a otros.

Casi todos vivían en Washington Heights o en los alrededores. Íbamos de una casa a otra, ligeros, dichosos; pero de todo esto no era consciente entonces. El recuerdo de aquella madrugada lo reconstruyo ahora. Comencé a recordarlo verdaderamente hace ocho años, cuando aterricé en el aeropuerto de Montreal y me reuní luego con los viejos amigos de Nueva York, y cuando en mi cubículo del Wilson Center, en Washington, Mario Vargas Llosa me hacía repetir lo vivido. Y lo seguí recordando en Princeton mientras caía la nieve y el reverbero del sol lejano me acercaba su estampa de sueño y pesadilla.

Ese primero de enero fue realmente festivo. Al día siguiente mis compañeros maestros de la «Berlitz», donde enseñaba español, me recibieron con entusiasmo. Sólo el director, Vargas, y el subdirector, Manso, me hablaron con inquietante franqueza. Eran españoles que habían vivido el franquismo. Vargas abrió el periódico donde aparecía la foto de Castro y dijo: «A mí la gente que no se afeita a tiempo no me merece ningún respeto». No lo entendí. A él le preocupaban mis planes. Me había propuesto dirigir una escuela, participar económicamente de las ganancias de la institución, y hasta preparé para ellos la impugnación de ciertas críticas hechas a nuestros métodos de enseñanza que juzgaron acertada.

Semanas después apareció el escritor Humberto Arenal para proponerme trabajo en la primera oficina que abriría en Nueva York la recién creada agencia de noticias Prensa Latina, el jefe era él. Acepté; pero mi único anhelo era volver a Cuba.

A finales de «los tranquilos años cincuenta» de que hablara Robert Lowell, estaba yo traduciendo *Anábasis* de Saint-John Perse, y debía ir a Washington para mostrarle nuevos fragmentos de mi versión. Me sorprendió una llamada suya preguntándome si pensaba estar allí *realmente* dos días después, pues MacLeish estaba ansioso por conocer detalles de aquella súbita insurgencia en Cuba sobre la que había versiones confusas y contradictorias.

Perse apenas se interesó por la traducción. Yo había concluido el poema que más me gustaba, «Imágenes para Crusoe», y los contenidos en *Eloges*, sobre todo los escritos para celebrar a una reina. Me sentía más atraído por el ambicioso castillo de mil puertas que por *Anábasis*.

Me preguntó sobre Castro. Dijo que algo estaba ocurriendo en el mundo colonial y aquello me sonó prehistórico. ¿Qué relación tenía Cuba con el mundo colonial que, al menos en lo que respecta a la América hispana, había terminado en el siglo XIX? Pero el rostro de Saint-John Perse, apergaminado, apenas tocado por los años, con el bigote inalterable de siempre, estaba contraído en un solo gesto de inquietud.

«Amers» era su último poema, pero él no ocultaba su interés por «Exiles». Trabajaba y prefería las grandes estructuras poemáticas lo mismo que Paul Claudel; pero en el mundo de Saint-John Perse todos los dioses estaban muertos. Las tareas humanas eran su héroe, y su técnica, una infinita acumulación de enumeraciones permutables, aptas para describir con igual intensidad la paz o la guerra. Su casa de Georgetown era un arsenal de objetos insólitos que hubiesen podido formar parte de sus largos poemas arbitrarios que André Breton consideró precursores del surrealismo.

Creo que siguen apreciándose en Francia los poemas que menos me interesaban de él. Yo vivía enamorado de sus primeros libros surgidos del

mundo antillano en que nació. Poemas de gran encanto y frescura que no he vuelto a leer; pero que conservo intactos en la memoria y los valoro con el mismo fervor de adolescente.

Perse me invitó a un café de la calle M del que era parroquiano habitual, y allí estuvimos largo rato conversando. El no pensaba en el regreso a Francia, se sentía bien en la Biblioteca del Congreso, trabajaba en otro poema, sí, también largo, un largo poema de amor; pero de amor concreto, físico, carnal. Recuerdo la precisión con que habló del proyecto; pero sobre todo lo recuerdo a él: la camisa que sobresalía del *cardigan*, el sombrero, su dicción profunda y al mismo tiempo reposada.

Lo conocí en la primavera de 1958. Busqué su nombre en la guía telefónica y lo llamé. Me dijo que me recibiría con mucho gusto, que le diera mis señas en Washington; él saldría de viaje por unos días y me enviaría un telegrama al regreso diciéndome dónde y cuándo podríamos encontrarnos. Esto coincidió con la salida de Ezra Pound del sanatorio de dementes donde había estado recluido desde 1945. Vi a Pound de cerca, seguido por fotógrafos, rodeado de un público que lo observaba con curiosidad sin saber quién era. En la fría primavera, Pound llevaba un sombrero oscuro de fieltro y una capa negra, y su barba característica. Miraba sin mirar, sonreía como por obediencia. Anduvo a pie toda la ciudad y los periódicos publicaron su foto. Pensé en hablarle, pero no tuve fuerzas para acercarme a aquel hombre vencido por sus contradicciones y sus penas.

Lo comenté con Perse que, junto con MacLeish, Robert Frost y Hemingway, era un esforzado partidario de que se le dejase en libertad. El confinamiento de Pound en el hospital Elizabeth en las afueras de Washington fue la única opción que encontraron los norteamericanos para no juzgar más severamente al viejo poeta antisemita cuyo amor por los *valores* de Europa lo convirtió en un militante del fascismo. A Perse le interesaba un Ezra Pound libre, que fuese el responsable moral de su arbitrio, juez de sí mismo. En aquel momento yo sabía más de Ezra Pound que de Fidel Castro; pero Perse estaba interesado en el cubano. ¿Quién era aquel joven audaz? ¿Cuál había sido su vida, su pasado?

Fidel Castro no había hecho explícita ninguna ideología política. Saint-John Perse, que había vivido en carne propia la persecución fascista en la Francia de Petain (había sido secretario de Relaciones Exteriores en el gobierno de Aristides Briand, y la Gestapo allanó su casa y le incautaron sus bienes, incluidos, según él, sus mejores poemas) me hacía una y otra vez las mismas preguntas: ¿qué fuerzas internas apoyan a Castro? ¿Era el suyo un alzamiento nacional o una revolución a fondo? ¿Era un cambio de instituciones lo que propugnaba el Movimiento 26 de Julio?

Yo no sabía responder a tales preguntas. Le daba mi respaldo incondicional al rechazo a Batista, a quien culpaba de haber interrumpido el proceso democrático que los presidentes Ramón Grau y Carlos Prío habían respetado. En los ocho años en que gobernaron estos dos presidentes del Partido Revolucionario Cubano (Auténtico) terminó mi niñez y comenzó mi adolescencia. Fueron gobiernos corruptos, pero de ellos se desprendió el ala socialdemócrata en que se destacaron los dirigentes de mayor popularidad de la historia política cubana: Eduardo Chibás y José Pardo Llada.

Pardo era un joven periodista cuyos comentarios radiales se escuchaban todos los días a la una de la tarde. En 1950 fue elegido representante a la Cámara (el que tuviera veinticuatro años y no treinta y cinco, como establecía la Constitución, impidió que fuese elegido senador) con la más alta votación que obtuviera candidato alguno en cuarenta y ocho años de vida republicana. Chibás era senador de la república y fundador del Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo) en el que Pardo ingresó de inmediato. Los dos eran constantes arietes contra la corrupción administrativa y contra los grupos gangsteriles que medraban a la sombra del poder. No eran los únicos; pero sí los que se destacaban más, apoyados por un numeroso electorado y un amplio reconocimiento popular.

Fidel Castro también pertenecía al Partido Ortodoxo (como solía llamarse habitualmente al partido que fundara Chibás), pero su participación carecía de importancia. Ni siquiera como líder estudiantil consiguió la presidencia de la Federación Estudiantil Universitaria (FEU) que entonces ejercía gran influencia en la vida política cubana y que pretendía representar, si no regir, al estudiantado desde la colina donde estaba situada la Universidad. Fidel participaba de todas las actividades de la Federación, pero los líderes del estudiantado eran otros. Algunos murieron en enfrentamientos con la policía durante las manifestaciones callejeras; otros, más polémicos, fueron muertos por organizaciones gangsteriles rivales que también tenían sus cuarteles en la universidad.

Las más importantes de estas organizaciones, entre los años cuarenta y cuatro y cincuenta y dos, fueron el Movimiento Socialista Revolucionario —que dirigía Manolo Castro, ex combatiente de la Guerra Civil española y Director Nacional de Deportes en el gobierno de Grau; y Rolando Masferrer, un político temerario y hábil, también excombatiente de la guerra de España y excomunista— y la Unión Insurreccional Revolucionaria —dirigida por Emilio Tró, veterano de la Segunda Guerra Mundial del ejército norteamericano—. A esta última se incorporó Fidel Castro.

Los dirigentes de estas organizaciones murieron en acciones de enfrentamiento, y durante años el asesinato de Manolo Castro le fue atribuido a Fidel.

Aunque esta acusación no se pudo probar, pasó desde entonces a formar parte de su leyenda: a partir de ese tiempo se destacó menos como un joven que luchaba contra la corrupción que minaba la vida pública cubana que como *el Gallego*, capaz de enfrentarse a tiros a sus rivales más audaces. Sin embargo, los votos de los estudiantes eran para Enrique Ovares, Justo Fuentes, Enrique Huertas, Álvaro Barba, en quienes reconocían a sus portavoces naturales. Fidel no conseguía más que exhibir su eros desenfrenado por la violencia, su temeridad, encarnada en un corpachón de más de seis pies que contrastaba con una voz de niño ronco, casi idéntica a la del presidente Prío.

En uno de los actos en que la FEU conmemoraba el 27 de noviembre —fecha en que el poder colonial había ejecutado a ocho estudiantes de Medicina en 1871— Fidel logró que lo dejaran hablar: «De altar ha de tomarse a la patria para ofrendarle nuestra vida y no de pedestal para levantarnos sobre ella». Aunque el orador, alto y lampiño, pugnaba por remedar el tono y el estilo de Pardo Llada, su fracaso estuvo compensado por la calidad literaria de aquellos parlamentos que demostraban una capacidad extraordinaria para improvisar sin titubeos; pero tan pronto avanzó en su discurso advertí su inconfundible origen. Lo comenté con Carlos Miguel Díaz, un compañero de estudios que se encontraba junto a mí en el auditorio.

—Es un nuevo Pierre Mennard, me dijo sonriente. (En esos días él estaba haciendo una lectura casi fanática de Borges, y Mennard es ese personaje borgiano que se propone escribir nuevamente *El Quijote* en páginas idénticas al original). Fidel Castro estaba repitiendo palabra por palabra todo un discurso de José Martí y, desde luego, resultó el más aplaudido y elogiado de la noche por aquellos estudiantes que, para fortuna del orador, no conocían o no recordaban el texto martiano.

Ahora pienso que a Castro no le habría importado que se conociera este plagio, que estaba dispuesto a meterse en la historia como fuese. El componente de audacia que lo impulsó a apropiarse de un texto de Martí, demostraba una insólita capacidad *instrumental* para la lucha política; acaso la misma que llevó a Mirabeau, desde la soledad de la prisión, a escribir aquellas cartas a su amante en las que intercalaba como suyos artículos de la prensa francesa que juzgaba valiosos.

Esa tendencia a la usurpación del discurso ajeno llevaría a Fidel Castro a apropiarse de ideas, frases o consignas de personajes que no tenían el prestigio moral e intelectual de Martí, tales como Benito Mussolini y Adolfo Hitler. Ambos políticos se encontraban entre los autores favoritos de Castro mucho después de terminada la Segunda Guerra Mundial, cuando los crímenes del fascismo y del nazismo eran poco menos que lugares comunes y sus respectivos caudillos ya habían sido condenados unánimemente por la humanidad.

Fidel contaba entre sus libros más preciados los doce tomos de *Discursos y escritos* de Mussolini que dejó en su testamento a Pardo Llada cuando, a muchos ruegos, consiguió que lo admitieran de soldado raso en el proyecto de cuerpo expedicionario que se organizó en 1948 en Cayo Confite —un islote del litoral cubano— para invadir la República Dominicana y derrocar al dictador Rafael L. Trujillo; y se sabe que el *Mein Kampf* de Hitler, también se encontraba entre sus lecturas predilectas de entonces.

Recientemente pude oír viejas grabaciones de Mussolini atacando al «imperialismo británico» y tuve la impresión de que oía a Fidel Castro atacando al «imperialismo yanqui» ante la aprobación ruidosa de sus enardecidos partidarios. A esta admiración, Castro ha sido fiel a lo largo de los años: «venceremos» la muletilla con que siempre termina sus discursos, fue un lema de Mussolini. El remedo textual de Hitler es más dramático: Fidel terminó su famoso alegato en el juicio por el asalto al Cuartel Moncada con una frase que el líder nazi había usado ante un tribunal de Munich: «Condenadme..., la Historia me absolverá». Esa desfachatez para burlarse de la memoria histórica es uno de los rasgos más recurrentes de su personalidad. A la avidez por leer todo cuanto cayera en sus manos, unía él un deseo de utilizarlo, de hacer que actuara en su favor.

La primera vez que tuve la oportunidad de hablar largamente con él fue en 1951. Nos encontramos en el hermoso piso de estilo colonial que ocupaban el político matancero Yuyo del Valle y su mujer, Mañica, una muchacha tan bella que nadie se atrevía a mirarla a la cara. Fue casi al amanecer. Yo acompañaba a Juan Amador Rodríguez, periodista y aspirante a senador por la provincia de Pinar del Río. Alrededor de las ocho de la mañana nos reunimos allí Mario Rivadulla, Omar Borges, Juan Amador y yo. Al poco rato llegó Fidel Castro. Vestía un pantalón y una camisa muy ajados y era obvio que acababa de levantarse. Maruca nos ofreció café, y cuando le alcanzaba la taza a Fidel no pudo dejar de preguntarle si había dormido con la ropa puesta. «Además, te pusiste un calcetín de un color y otro de otro». Nos echamos a reír y Fidel miró sus calcetines con alarma, pero luego se unió a la risa general.

—El pueblo no se viste mejor —repuso.

—El pueblo es más cuidadoso de lo que tú piensas —intervino Maruca—, y lo observa todo. Y no entenderá que tengas puestos dos calcetines diferentes. Les parecerá una extravagancia.

—Eso sí que no. De extravagante nada.

—Te daré un par de calcetines de Yuyo —dijo ella.

Fidel prometió que los devolvería después del viaje y preguntó si no podían prestarle también una camisa.

—¿Cómo diablos piensas meter ese corpachón en una de mis camisas?
—Yuyo era de mediana estatura con tendencia a la obesidad.

Creo que alguien decidió planchar la camisa y, al rato, formábamos una pequeña caravana a lo largo del malecón habanero. Partíamos de campaña electoral a la provincia de Matanzas. Fue una larga travesía: íbamos deteniéndonos en los pueblos de mayor importancia política y era evidente que en cada uno de ellos nos esperaban porque, tan pronto llegábamos al lugar previsto, divisábamos la tribuna desde la cual se dirigían al público Omar Borges, Mario Rivadulla, Juan Amador y Fidel. Todos hacían el panegírico del «próximo e indiscutible senador Yuyo del Valle, el candidato de los matanceros». Yuyo intervenía al final. Su estilo y argumentos eran idénticos a los de los otros: el mal era el partido del Gobierno; y el bien, el partido de la oposición al cual representábamos.

Aquel viaje fue una extraña jornada. Fidel Castro aspiraba a representante a la Cámara por La Habana, Juan Amador a senador por Pinar del Río, y solamente Yuyo por Matanzas. Mario Rivadulla y Omar Borges eran dirigentes nacionales del Partido del Pueblo Cubano. Un hombre, enigmático por su silencio y tocado con gran sombrero de fieltro que no se quitó en todo el trayecto, sonreía y pagaba los gastos de comidas y bebidas dando muestras de estar satisfecho. Era José Manuel Gutiérrez, jefe provincial del Partido.

En la ciudad de Amarillas, Juan Amador me pidió que «hiciera uso de la palabra». Esa fue la primera ocasión en que hablé en público. Tenía 18 años, aún sin derecho al voto, pero con la misma inquietud moral de mis acompañantes. Me sentía de su parte. Aspiraba como ellos a una libertad donde la corrupción no fuese el precio que el país debía pagar por disfrutarla. Íbamos de un pueblo a otro; en medio del calor sofocante éramos como actores repitiendo los libretos de una acción política que se iba consumiendo con las horas.

Finalmente llegamos a Varadero, al viejo hotel San Carlos, donde José Manuel Gutiérrez nos había reservado habitaciones para pasar la noche. Nos fuimos a la playa y nadamos durante casi una hora hasta quedar exhaustos. Después de cenar, Rivadulla, Fidel y yo nos sentamos a conversar en un pequeño muelle abandonado. Mi vocación era la literatura, pero Fidel, Borges y Rivadulla, que me llevaban unos pocos años, representaban a la juventud cubana en aquellas campañas políticas en favor de la decencia pública. Yo quería comprenderlos, sacar de sus experiencias nociones que me sirvieran para definir aquella entidad huidiza, inexplicable y múltiple que era la realidad cubana, una mezcla de historia y geografía desafortunadas que no podía descifrar ni reflejar en mis trabajos. Me ocurría como a nuestros pintores con el paisaje tropical, se les hacía un agolpamiento de luz en la retina, se les tomaba negrura o esplendor sin matices.

—A mí el escritor que más me gusta es Romain Rolland —dijo de pronto Castro.
—Cuidado, que este hombre escribe —apuntó Rivadulla.
—¿Es verdad? —me preguntó Fidel.
—No le hagas caso. En Cuba todo el mundo escribe.
—¿Te gusta Romain Rolland?
—Lo leí hace tiempo.
—Bueno, yo no lo leo todos los días.
—Tenía una gran preocupación moral, eso es verdad. —Fidel me miró con alegría.
—Es lo que me gusta de él. No escribe por escribir. Los problemas sociales le preocupan.
—También a Víctor Hugo le importaron.
—Pero Hugo se ha ido quedando atrás. Es de otra época.
—Rolland fue un luchador de la Primera Guerra Mundial —le dije— Se quedó allá. La guerra que quiso detener lo anuló de algún modo. ¿Tú puedes leer todavía el *Juan Cristóbal*?
—Tal vez sí; pero ahora estoy leyendo otras cosas. Me gusta *Kaputt* y la *Técnica del golpe de estado* de Malaparte.

Mario Rivadulla asintió con vehemencia. Malaparte era el que más le gustaba. Más que Rolland.

Entonces Fidel habló de Dostoievski y lo hizo con un conocimiento de su obra que me sorprendió. Sin embargo, ¿cómo podía admirar del mismo modo a un simple filántropo que a un buceador de los conflictos más hondos de la naturaleza humana? ¿Qué vasos comunicantes establecía este joven político entre Rolland y Dostoievski? En aquellos tiempos yo no concebía emoción sin inteligencia.

El francés fue mi segunda lengua; me lo impuse como correctivo a la pereza emocional de la adolescencia. Las clases diarias comenzaban a las ocho de la mañana. Al concluir las lecciones del método, mi viejo profesor Robert Rest, que aún vestía a la usanza de principios de siglo, abrió los brazos como quien se despide de una larga faena: «*Eh bien, nous avons fini, cher ami. C'est a vous le travail de continuer*». Pero decidí que mis primeras lecturas francesas fuesen guiadas por él. El primer libro fue *Noces (Bodas)* de Albert Camus. Tuve la suerte de que Rest simpatizara con el libro, pero no creo que participase de mi admiración por aquel poderío verbal que alzaba ante mis ojos retazos de mar y de la tierra centelleante de Argelia, del que surgían reflexiones sobre la vida, el amor y la muerte y, desde luego, sobre la Historia.

Aquella lucidez atemperada por su culto carnal a la naturaleza eran mi única patria. Me sentía como el feroz portaestandarte de un elitismo que sólo admitía

mis exclusivas afinidades. Mis héroes debían saber por qué amaban u odiaban o se exaltaban y se escarnecían. Era capaz de conmoverme hasta las lágrimas ante la inteligencia. Los poetas o los pintores a secas me parecían gente bárbara; pensaba que su genio era una especie de secreción primaria, animal. Hubiera yo cambiado la más bella metáfora del siglo por la formulación que más cerca estuviese de lo exacto. Mi novelista preferido era Kafka, precisamente por las razones que algunos estilistas hispanos lo desdeñan: no extrae su idioma de la literatura, sino de los manuales de ingeniería, de física y de botánica. Como decía Nabokov, Kafka era un hermano de Flaubert, y cuantos han querido explicarse la desesperación del novelista francés por *le mot juste* no tienen la más ligera noción de aquella asepsia por escapar de lo vago o lo aproximativo.

La vida cultural cubana de los años 50 era pura indignancia. Alejo Carpentier había huido de Cuba hacia Venezuela tratando de ganarse la vida como fuera; Lino Novás Calvo, autor de una excelente obra de ficción, rumiaba un desencanto patético en la redacción de la revista *Bohemia* y se dedicaba a traducir cuentos policíacos norteamericanos por los que la revista no pagaba derechos de autor; Enrique Serpa escribía largos reportajes políticos; tal como hacían también Jorge Mañach y Francisco Ichazo, dos ensayistas talentosos de los años veinte. José Lezama Lima, errático y tenaz, proclamaba una insularidad paradisíaca: afirmaba que lo cubano era sólo una categoría del espíritu al margen de la Historia. «Un país frustrado en lo esencial político tiene que hallar su expresión en otros cotos de mayor realeza».

En 1948 estalló entre Jorge Mañach y José Lezama Lima una polémica a la que ni siquiera los fieles admiradores internacionales de Lezama han prestado atención. La inició Mañach desde las páginas de *Bohemia* a propósito de dos libros de poemas que Lezama y Cintio Vitier le habían enviado. Les reprochaba Mañach que insistieran en un hermetismo poético pasado de moda, y les pedía que pusieran su talento en experiencias distintas que no excluyeran la comunicación. Lezama Lima hizo prevalecer como virtud su entrega a la literatura en contra de quienes habían cambiado la *fede por la sede*, el rigor del trabajo literario por la ganga fácil de la política inmediata. De modo que hasta en los más abnegados sacerdotes de la cultura entraba la política como sinónimo de corrupción y lucro.

No obstante, todos los partidos repetían la misma estructura en que eran imprescindibles un intelectual y un negro. Las mujeres no eran factores decisivos. Hegel había establecido en su *Filosofía del Derecho* que la mujer debía obediencia al hombre, y para un cubano, Hegel era una autoridad indiscutible. Así estaban las cosas al comienzo de esta mitad de siglo. Cuba era un país venal y paródico.

En 1902, fue electo el primer presidente de la República, un viejo profesor independentista que todo el mundo aseguraba que había sido impuesto por el gobierno norteamericano. De don Tomás Estrada Palma sólo se recuerda su honradez administrativa. Los gobiernos que vinieron después fueron corruptos, y el encabezado por Gerardo Machado dio nacimiento a la actividad política más original de nuestro país, la de los estudiantes universitarios. Hubo tentativas de crear un movimiento obrero marxista-leninista, pero la pequeña burguesía estudiantil llevaba la voz cantante. Los héroes canonizados por la izquierda, Rubén Martínez Villena, Julio Antonio Mella, eran todos estudiantes universitarios. No sería hasta muchos años después, con la muerte a tiros del comunista Jesús Menéndez, un auténtico dirigente sindical, que el «proletariado» pudo contar también con un mártir y un símbolo.

El Movimiento 26 de Julio, fundado por Fidel Castro, no estuvo integrado por líderes sindicales ni su núcleo fundamental compuesto por la llamada clase obrera. Más bien por estudiantes, por jóvenes de la clase media y por esos marginales en quienes Herbert Marcuse veía encarnar las tareas que el movimiento obrero clásico estuvo dispuesto a ejercer.

Aquel anochecer de 1951 ninguno de los tres jóvenes que estábamos sentados en el muelle abandonado de Varadero pudo imaginar que al año siguiente el general Batista cancelaría el proceso democrático cubano con un golpe de estado.

Los proyectos de adecentamiento nacional que soñábamos realizar medio siglo después de la independencia, quedaron convertidos en nada. Ocho años significan mucho en la historia de una generación. La nuestra alcanzó su fisonomía durante el gobierno de Prío Socarrás. Los años cincuenta habían borrado la memoria funesta de las primeras tiranías de la república, e incluso el Batista de 1944 fue un político apto que no vaciló en entregar el poder al profesor Ramón Grau San Martín, su adversario electoral. Para nosotros la democracia era inmovible.

Los libros de que hablábamos esa noche, por muy disímiles que fueran, representaban el mismo interés en ciertas dimensiones de la existencia, sobre todo en el aspecto moral; porque la admiración de Fidel Castro por Romain Rolland se basaba en lo mejor del escritor que creyó frenar la guerra de 1914 con aleluyas apasionadas a los que se sumaron muchos intelectuales de su tiempo. No importa que la advertencia desesperada de Rolland, Barbusse y Stefan Zweig careciera de fuerza para atajar el estallido de la Primera Guerra Mundial, ni importa que el testimonio de Malaparte,

que tanto nos gustaba en aquel momento, apareciese ante nuestros ojos como *texto*, pues en Cuba no había referencias de lo vivido en un teatro de operaciones tan distante de nuestras costas.

De los amigos de aquella noche en Varadero dejé de ver para siempre a Yuyo del Valle y a José Manuel Gutiérrez. Poco antes de mi salida de Cuba, me tropecé varias veces con el exdirigente de la Juventud Ortodoxa Omar Borges. De Mario Rivadulla supe que sufrió prisión y ahora vive en Santo Domingo, pero no he visto ni siquiera una foto del Rivadulla de hoy. Lo imagino como hace treinta años: alto, delgado y rubio, con los ojos vivos y la voz vibrante que a ratos recordaba la de Eduardo Chibás. A Juan Amador Rodríguez lo he vuelto a ver en Miami y es el mismo de siempre: jovial y sorprendentemente joven, vuelve hacia los recuerdos con una asombrosa precisión.

Amador era uno de los periodistas más populares de Cuba, electo senador con el respaldo masivo de su provincia. Diariamente se despedía de los oyentes de su programa radiofónico, *La entrevista policíaca*, con intervalos lentos entre su nombre y apellidos: Juan... Amador... Rodríguez. Así lo fijó en la atención de su auditorio.

Yo andaba dando tumbos por La Habana, buscando el modo de estudiar y trabajar. El novelista Enrique Labrador Ruiz había logrado que me permitieran dormir en la redacción de *Crónica*, una revista literaria de corta duración. Todas las noches, cuando ya no había nadie en la redacción, tenía que armar un catre de lona que colocaba entre los escritorios; pero no hubo modo de evitar que un perrito blanco, propiedad de dos ancianas solteras que ocupaban las habitaciones traseras del piso, entrara por el cristal roto de las altas puertas interiores y me husmeara constantemente. Terminé por incorporarlo a mi cama y así dormimos juntos durante varios meses.

Y yo era más dichoso que otros: mi amigo Rolando Escardó dormía entre delincuentes en la Plaza del Vapor, que ya no existe, y Fayad Jamís en un ático desvencijado. Salvo dos excepciones que ni siquiera recuerdo, así creció, se desarrolló y se hizo homogénea, y más tarde añicos, la generación a la que pertenezco. En lo único que soñábamos aquellos muchachos era en agarrar los gordos barcos que anclaban en la bahía habanera y escapar a cualquier sitio. Nuestro ámbito natural fue la miseria, pero también la pasión por el arte y el odio por aquellos personajes vociferantes de la vida pública cubana que eran la única imagen de nuestro país.

Juan Amador venía también de la pobreza y se abría camino a brazo partido, como periodista, en las circunstancias más adversas. En mis momentos de mayor desesperación acudía a visitarle a la oficina de Radio Progreso, siempre con la inquietud de que no estuviera; pero un objeto casi

arqueológico denunciaba su presencia: la gigantesca grabadora con la que iba de un sitio a otro haciendo sus entrevistas a delincuentes que estaban provisionalmente reclusos en las cárceles o en los hospitales. Juan Amador tenía especial interés en los hospitales; porque en ellos se mezclaban casos distintos: los sobrevivientes de riñas pasionales, las víctimas de intentos de asesinato, los sorprendidos por la policía en los momentos de cometer sus crímenes. Eran los exponentes de una delincuencia imprevista que Juan Amador colocaba en su justo sitio. Tenía especial talento para desplazar el aspecto dramático de los incidentes y convertirlos en anécdotas simpáticas. Esto humanizaba los *casos* y daba una dimensión sana al periodista. Juan Amador decidió ayudarme y me propuso que seleccionara las entrevistas más humanas y las transcribiera con una breve introducción para ofrecérselas a *Bohemia*. Los cincuenta dólares casi semanales que *Bohemia* le pagaba por ellas me los entregaba íntegramente.

En 1951, ¿qué hacía yo discutiendo con Fidel Castro y Mario Rivadulla, militantes del partido político más importante de la oposición? Es verdad que hablamos de literatura, pero nuestro viaje era de campaña política y yo estaba ronco de hablar como ellos, empleando argumentos similares, y lo cierto es que disfrutaba más de su compañía que de los melancólicos y desesperados amigos que hacían de la cultura un culto casi religioso.

Me gustaba la fascinante acción de Juan Amador, Fidel, Borges y Rivadulla. Ellos no estaban empeñados en el «cambiar la vida» de que nos hablaba Rimbaud, sino en transformar la realidad política y económica de Cuba, sin la cual no era posible obtener resultados en «otros cotos de mayor realeza».

De todos ellos, Fidel era el menos atractivo para mí. Su importancia provenía de su arrojo o de su estampa de arrojo, y de algunas acciones audaces que lo confirmaban. Me interesaba más la gravedad inteligente de Rivadulla, cuyo talento oratorio no he olvidado, además de Pardo Llada y Chibás. Eran accesibles, cordiales. Fidel denotaba una falta permanente de concentración, un inexplicable abandono de sí mismo. Dialogaba sin mirar directamente a la cara de su interlocutor, algo que atribuíamos a una miopía que no se resignaba a aceptar; en fin, había una carencia de atractivo en él que trataba de ocultar con una petulancia insólita y agresiva.

De Enrique José Varona —acaso el último de nuestros grandes pensadores y el único cubano que no se interesaba en los adjetivos— me dijo Fidel esa noche: «Me desagrada su inconsecuencia. Luchó contra España y después escribió un largo poema de arrepentimiento, «La hija pródiga», que haría reír hasta a un uruguayo, y su filosofía positivista no dice nada. Es detestable porque es demasiado realista. La política tiene que manejar

cierta dosis de improvisación y de delirio. Si yo tuviera el poder, descartaría a Varona, y trataría de que nadie lo recordara; pero tuvo razón en algo más importante, más feo, menos atractivo para las multitudes, y es que nunca creyó en la democracia ni en el voto, ni en la razón de las mayorías. Los cambios políticos de verdad los hacen las vanguardias y el político que más votos obtiene es el peor. El asentimiento mayoritario siempre es espúreo. En el aplauso hay transacción. Las ideas nuevas se imponen a puñetazos».

—¡Que no te oiga Chibás! —exclamó Rivadulla.

Fidel lanzó una carcajada. En Cuba una risotada puede cancelar el debate más serio. Quisiera recordar exactamente sus palabras y, desde luego, la vehemencia con que las dijo; pero creo que he sido fiel a ellas.

Chibás tenía un programa radiofónico los domingos a las ocho de la noche por CMQ, la emisora que más se oía en el país y la tribuna política más importante de la historia de la república. Chibás y Pardo Llada eran monstruos de popularidad. El joven Fidel Castro era entonces la sombra de nadie.

La lucha que Chibás animaba se hizo demasiado egocéntrica, y cuando acusó al ministro de Educación, Aureliano Sánchez Arango, de haber adquirido con dinero público propiedades en Centroamérica y no pudo probarlo (recuerdo la noche en que golpeaba el maletín donde afirmaba que estaban los documentos probatorios de la inmoralidad del ministro) sufrió un derrumbe moral del que no pudo recuperarse. En su programa dominical, donde habló Pardo Llada de la corrupción política reinante, Chibás tomó el micrófono para hacer una breve e impresionante alocución: una llamada a la conciencia del pueblo cubano para que no se dejara engañar. «Este —dijo— es mi último aldabonazo», y se pegó un tiro en presencia de sus colaboradores más cercanos.

Marginado, gris, pero eficiente, Fidel Castro esperaba junto a la puerta de CMQ con un automóvil listo para trasladar a Chibás a un centro médico. Aquel disparo de la noche del 10 de agosto de 1951 cambió la faz de Cuba. Once días después, las fuerzas del Partido del Pueblo Cubano contaban con el carácter de su líder cuya popularidad sólo podía ser igualada con la de Pardo Llada, cuya edad distaba mucho aún de los cuarenta y cuatro años que exigía la Constitución para poder aspirar a la presidencia en las elecciones que habrían de celebrarse en pocos meses. El Partido no tuvo más alternativa que elegir como candidato a Roberto Agramonte, un profesor de Sociología carente de carisma y dueño de un vocabulario crepuscular, que al referirse al difunto Chibás lo llamaba «nuestro adalid».

La muerte de «nuestro adalid» dio nacimiento a las ilusiones de reconquista de Fulgencio Batista. En la madrugada del 10 de marzo de 1952, el general y sus secuaces entraron en su antiguo bastión de operaciones: el

campamento militar de Columbia. Fue un golpe de Estado sin resistencia alguna. El presidente Prío y las más importantes figuras de su Gobierno tomaron, como era tradición, el camino del exilio.

De ese 10 de marzo no he olvidado el largo silencio de las emisoras de radio y televisión. Alrededor de las diez de la mañana una voz anunciaba escuetamente que el general Batista se había hecho cargo del gobierno. Era la voz del periodista Ernesto de la Fe, recién nombrado titular de una cartera hasta entonces desconocida: el Ministerio de Información.

En aquellos días vi dos o tres veces a Juan Amador y Álvaro Barba, que vivía en la calle Neptuno, frente a mi casa. Una tensa expectativa lo gobernaba todo. Los políticos, los artistas y los escritores se mantenían a una distancia prudente de los riesgos. La gente recordaba los tiempos duros de la primera dictadura de Batista. Nada indicaba que éstos serían mejores. Dos semanas después, estando en la redacción de Radio Progreso, donde Juan Amador proseguía sus entrevistas policiales con todas las cautelas que exigía el momento, nos llegaron noticias de Fidel Castro.

El 24 de marzo de 1952, Castro acudió al Tribunal Supremo de Justicia con un documento que empezaba diciendo:

«Yo, Fidel Castro Ruz, en mi carácter de abogado con bufete en Tejadillo 57, acuso a Fulgencio Batista Zaldívar de la comisión de 16 delitos constitucionales... y pido para el presidente usurpador una sanción de CIEN AÑOS DE CÁRCEL».

El documento en que se enumeraban todos y cada uno de los delitos que el general Batista de los años treinta hubiera considerado un libelo infamante, circuló libremente en la universidad y en las redacciones de periódicos como «una locura más de Fidel», pero a Batista le sirvió para indicar a la gente que su *vuelta* al poder no excluía el juego político, aunque dentro de ciertos límites. Lo único que no estaba dispuesto a tolerar era una oposición armada.

Ignoro si Fidel Castro se percató de que su denuncia —descalificada por el propio tribunal ante el que había acudido por la evidencia jurídica de que un golpe de Estado anula automáticamente la constitución vigente— contribuyó a que Batista mostrara sus cartas sin intentar ninguna represalia contra el cuñado de Rafael Díaz Balart, uno de sus más íntimos amigos y colaboradores. Creo que parte de la estrategia de Fidel fue asegurar a Batista su condición de opositor que sólo buscaba la oportunidad de tomar parte en el juego político del país.

Pardo Llada recuerda que poco antes de que Fidel se decidiera a sumarse a las filas de los ortodoxos, se había entrevistado con el entonces senador

Batista para discutir, junto con su cuñado Rafael Díaz Balart, la posibilidad de formar parte del PAU, el partido que lideraba el exgeneral.

Los Díaz Balart constituían la protección de Fidel Castro. Aunque su objetivo era la toma del poder a cualquier precio, esta familia le servía de instrumento. Le admitían sus ansias de poder siempre que no entrasen en conflictos con el general; pero se equivocaban, el recién graduado de la Escuela de Derecho tenía las mismas ambiciones de Batista: el poder absoluto sobre la isla mayor de las Antillas, a la cual, «por un acto de voluntad histórica», el profesor italo-español Gustavo Pitaluga le asignaba una jerarquía hemisférica que entonces me pareció desmesurada. En 1950 apareció su libro *Diálogos sobre el destino*, y yo escribí una crítica para *Pueblo* en que expuse la profunda impresión que me produjo. Curioso que un gran profesor de Biología, exiliado en nuestra patria, le imaginara a Cuba un destino de hegemonía política precisamente en las áreas en que hoy ejerce tal influencia, y todo ello logrado mediante un acto de voluntad histórica.

A la astucia de Batista, Fidel opuso la suya. Dejó a los políticos tradicionales el juego electoral que nunca le dio resultados satisfactorios. Ahora no le importaba un acta de representante o senador «salida de las urnas», sino el poder para llevar a cabo su proyecto político.

¿Cuál era ese proyecto político? No creo que entonces lo tuviera pero estaba seguro de que para elaborarlo necesitaba anular los métodos electorales y valerse de «cierta dosis de improvisación y delirio». Creo que ya entonces sentía que encarnaba la vanguardia destinada a llevar a cabo los cambios políticos radicales, es decir, las «nuevas ideas» que exigirían la fuerza, los «puñetazos», para imponerse.

El 26 de julio de 1953 nadie tuvo dudas de cuál era el camino que Fidel se había trazado. Si Batista «utilizó» la denuncia del abogado con bufete en Tejadillo, el abogado la convirtió en un componente de su «voluntad histórica». Con su audacia cohonestaba actos anteriores y se apropiaba de la imagen moral que Eduardo Chibás ostentó en la política cubana.

Con el asalto al Moncada, Fidel logró imponer su método: el *carisma* podía surgir también de una violación abrupta de la realidad, de manera que el rostro que hasta entonces no había logrado el reconocimiento público que ambicionaba, apareció de repente en las primeras páginas de todos los periódicos.

El Partido Socialista Popular (Comunista) condenó el asalto al cuartel Moncada de Santiago de Cuba. La acción no se inscribía en los métodos de la ortodoxia marxista-leninista; pero como el partido contaba solamente con diez mil afiliados, sus objeciones fueron consideradas como una suerte de irritación estética: la historia cubana se apartaba groseramente de los modelos clásicos.

El asalto al cuartel Moncada en medio del estruendo del carnaval santiaguero, pudo ser la tumba de Fidel Castro. No lo fue. Tampoco rehuyó el peligro, sino que lo afrontó disfrazado de oficial del ejército, convencido de que haría valer ante la posta su alto rango. Haydée Santamaría contaba la escena en que Fidel, vestido de general, como un actor, se miraba al espejo y preguntaba a sus colaboradores más cercanos: «¿Parezco o no parezco un general?». Lo parecía sin duda: un general debe tener talante idóneo, mirada firme y una boca siempre dispuesta a dar la orden.

Fidel y sus seguidores entraron en el Moncada, se batieron a tiros, murió un crecido número de ellos, y cuando el ejército estaba por ganar, burlaron el cerco de fuego y lograron refugiarse en la desbordante espesura de los bosques cubanos hecha de interminables murallas vegetales. Durante la guerra contra el ejército colonial español, aquella vegetación fue un aliado eficaz de los *mambises*. Los campesinos la consideran amenazante y aseguran que hay que talar, talar infatigablemente, si no se quiere amanecer un día con el monte dentro de la casa; porque toda Cuba es fronda perpetua y sol doce meses al año.

Con el asalto al Moncada, Fidel reivindicaba el carácter de su militancia en una organización terrorista, le confería, superándola, la moral de un proyecto político revolucionario. Nunca más sería visto como «hombre de gatillo alegre», sino como integrante de esos grupos marginados que constituyen el celo ético, casi siempre desmesurado, de una sociedad.

Del campo donde se ocultó lo salvaron la sensibilidad del teniente Pedro Sarría, que condujo su arresto, y la intervención de monseñor Enrique Pérez Serantes, arzobispo de Santiago de Cuba. Automáticamente, quedaba él a salvo, y la resonancia de su caso lo convertía en una forma extrema del discurso de oposición política a Batista. Para Fidel, la obligación primordial del político era sobrevivir.

El sobreviviente contó con una cárcel amable. La celda que ocupó en Isla de Pinos se muestra hoy a los visitantes como una cámara de horror (sería bueno que mostrasen las de ahora, las asfixiantes celdas sin luz y los pabellones sombríos donde se confina sistemáticamente a los presos).

Antes de que cumpliera dos años de condena, las presiones familiares y de políticos *realistas* lograron la amnistía del jefe de los asaltantes al Moncada. Por ahí andan las fotos donde se ve al grupo saliendo de la cárcel, saludando a los fotógrafos con las manos en alto.

A los pocos días me encontré con Fidel por casualidad. Subía la escalera de la emisora de radio C.O.C.O. para visitar a Pardo Llada y a Juan Amador Rodríguez. Me saludó con efusión. Estaba pálido y delgado, con el

pelo muy corto y el bigote estricto, recién afeitado: «Me voy para México. Es difícil seguir aquí ahora. Vengo a despedirme de Pardo y de Juan». No añadió nada más; sus palabras sugerían que había renunciado a la lucha. «Sabrás de mí pronto».

Poco más de un año después todo el mundo supo de él. «Antes del 31 de diciembre (de 1956) seremos héroes o mártires». Estas declaraciones, hechas desde México las publicó en Cuba el periódico *Alerta* y lo cierto es que desembarcó con ochenta y dos hombres por la costa sur de la provincia de Oriente.

No volví a verlo hasta que vino a Estados Unidos, líder ya de la revolución triunfante, y respondió en inglés a los periodistas en el Press Club de Nueva York. Asistí a esa conferencia de Prensa en que Fidel parecía decidido a imponer otra imagen. El reluciente uniforme de comandante no era inferior al de general apócrifo que vistió durante el ataque al cuartel Moncada. Todo su esfuerzo lo dedicó a borrar aquel «Doctor Castro» con que la prensa se refería a él. No, en adelante él sería Fidel a secas.

Por entonces un hecho me inquietó durante muchos días y lo comenté más de una vez con Alberto Martínez Herrera. ¿Por qué Raúl Castro se había dejado fotografiar en el momento de dar el tiro de gracia a un famoso *traidor* de su grupo? ¿Por qué unían a la meta democrática de la revolución aquel bronco expediente de sangre? ¿Por qué la violencia debía ser el distintivo de un combate de paz y justicia? Esas preguntas me angustiaban; pero no las comenté con Saint-John Perse. Me limité a contarle el pasado del comandante revolucionario cuyo nombre llenaba el país al que muchos jóvenes de mi generación nos disponíamos a regresar, dispuestos a poner nuestro entusiasmo y capacidad a su servicio.

En la oficina de Prensa Latina en Nueva York, sólo trabajábamos Humberto Arenal y yo. El *buró* principal de la agencia en Estados Unidos estaba en Washington. El jefe era Ángel Boan, con quien Arenal no había hecho buenas migas. Boan era un profesional sin ideología, un reportero hábil; bajo su aspecto fraternal y modesto se descubría la astucia.

Almorcé con él en Nueva York y le hablé de mi propósito de regresar a Cuba. En La Habana nos habíamos encontrado varias veces en distintas redacciones. Me dijo que yo era necesario en Nueva York por mis conocimientos del inglés y del mundo norteamericano. Para abrirme paso como periodista el mejor sitio era Prensa Latina, una empresa independiente, hecha con capital cubano y venezolano. ¿Qué iba a hacer yo en la oficina central en La Habana donde la competencia era mayor?

Le respondí que probablemente cometería un error profesional; pero, como todo indicaba que en Cuba se había iniciado una espléndida transformación política hacia la decencia, yo quería participar en ella de cualquier modo. Había que arrasar con lo malo y empezar otra vez.

—¿Has leído los periódicos y los cables?

—¿Por qué?

—Arrasar con lo malo como tú dices ya empieza a costarnos reacciones negativas.

—Pero todos nos apoyan.

—El apoyo no se ha perdido en absoluto.

—¿Entonces?

—En Cuba ha comenzado una revolución, Heberto.

Me eché a reír.

—Tú eres más joven que yo —agregó—. Ya hay problemas con el Gobierno de Estados Unidos. Quieren imponernos ciertas condiciones inaceptables.

—¿Cuáles?

—No me preguntes cuáles. Ahora mismo acaba de ocurrir algo importante. Eisenhower no ha querido recibir a Fidel. Ha habido un diálogo tirante entre Fidel y Nixon. Fidel le dijo que había problemas que solamente podía discutir con el presidente. Que ciertos asuntos no se tratan con los vicepresidentes. Nixon le dijo que lo lamentaba, pero el presidente estaba en una partida de golf. Así están las cosas, ¿cuándo quieres irte?

—Cuanto antes —le respondí.

—Cuéntale esto a Mazetti (entonces Director General de la agencia), que te lo dije yo. Ve a verlo a las diez de la noche. Es la mejor hora.

No le di importancia a lo ocurrido. Fidel no era presidente de Cuba; desde el punto de vista protocolar, Nixon tenía razón. El hecho, sin embargo, daba la medida del estilo personal del comandante: protocolos, mediaciones institucionales, estaban vacíos de contenido para él. Los jefes hablan con los jefes. Ahora que ni el general Eisenhower ni el vicepresidente Nixon deciden la política norteamericana, un cuarto de siglo después, resulta obvio que aquellos asuntos que el comandante cubano quería discutir con el veterano de la Segunda Guerra Mundial valían la pena de haber aplazado el juego de golf que, sin duda, estaba incluido en el orden del día del presidente.

Cuando Boan aprobó mi decisión de regresar a Cuba, Nueva York alzó ante mis ojos, en la naciente primavera de 1959, un espectáculo irreal que yo podía disfrutar como pocos de los apresurados transeúntes: la ciudad que había reconstruido el ánimo de los veteranos de la guerra de Corea y mitigado de algún modo el dolor de los huérfanos y las viudas. Las artes entraban abruptamente en una nueva fase. La aparición de *Life Studies* de Robert Lowell fue una revelación para mí. Este poeta de poco más de treinta años, nacido en Boston, recogía un vigor disuelto en la época, distante de Eliot, Auden, Stevens, Carlos Williams. Procedía de los medios universitarios, pero desatendía los juicios de Alien Tate o Yvor Winters. Se alejaba también de los poetas de San Francisco —con Alien Ginsberg a la cabeza— que habían hecho de la experiencia personal una fórmula patética y estridente. Las enumeraciones caóticas del primer Ginsberg eran excesivamente lorquianas. Sin *Poeta en Nueva York* de García Lorca, sin su extraordinaria «Oda a Walt Whitman», no serían imaginables muchos de los poemas norteamericanos más significativos de comienzos de los años cincuenta. Pero Robert Lowell superaba esa época.

Conjuntamente con *Life Studies* leí *The Hawk in the Rain*, del poeta inglés Ted Hughes, que vivía entonces en América. Ambos me sirvieron para sostener mi idea de que la poesía no debe estar fatalmente sometida a la

abstracción y al encabalgamiento sistemático de metáforas que tiranizan la poética en lengua española. El gongorismo es *un discurso totalitario* impuesto por la llamada «generación del 27» que quiso dar, tardíamente, una respuesta hispánica al movimiento surrealista francés. Creo que las premisas de Góngora y los sucesivos gongorismos de que está plagada nuestra poesía constituyen un error que pagaremos caro.

Yo me sentía libre en Nueva York y gritaba todo esto con insolencia. Mi queridísimo Eugenio Florit, gran poeta en cualquier idioma, siempre me recibía con cariño en su despacho de Barnard College, me oponía su discrepancia sonriente y me daba a leer sus traducciones de poetas norteamericanos, entre quienes incluyó a Lowell. Traducciones espléndidas de esas que pueden disfrutarse como obras de nuestra lengua.

En aquel Nueva York, la vida era bulliciosa, pero sana. Jamás encontré en los cuartos de baño a jóvenes drogados, ni sentí olor a marihuana; el alcohol era patrimonio casi exclusivo de la gente madura; las calles estaban bien conservadas; los establecimientos, limpios y atendidos, y el que se atreviera a arrojar un papel a la calle era amonestado y multado por la policía. De noche podíamos pasear por el Parque Central, y en el verano veíamos obras de Shakespeare en teatros flotantes en los lagos del parque.

Por la mañana bajaba por los periódicos, siempre mantuve la costumbre de comprarlos todos, como hacíamos en las salas de redacción. Llevaba mis camisas blancas a una de las cadenas de tintorerías llamadas Peter Prompt de donde las recogía al día siguiente, inmaculadas y con la banda de papel con el logotipo de la empresa que era un chico sonriente de gorrita azul.

No me disgustaba mi trabajo de profesor de español en la «Berlitz» del Rockefeller Center. Conocí allí una amplia gama de artistas y escritores de múltiples nacionalidades, jóvenes como yo, y en los cortos intervalos entre clases discutíamos incesantemente nuestros proyectos. Todos llevaban poco tiempo en Estados Unidos: franceses, alemanes, rusos, italianos, japoneses, chinos. En muchos casos no dominaban el inglés, mis íntimos amigos eran franceses.

Allí conocí a Florence, joven y vivaz. Hablaba varios idiomas, entre ellos el español. De acuerdo con las circunstancias nos hablábamos en uno u otro idioma; pero el éxito de nuestra amistad se debió a que ambos hablábamos el idioma del otro. Florence recitaba poemas muy poco divulgados de Antonio Machado y me hizo conocer a una de las pocas grandes poetisas que ha dado Francia, Louise Labé... *Et si jamais mon pauvre âme amourese...* Florence exigía que pronunciara correctamente poemas de Ronsard, que ella amaba. Años después, en cualquiera de los tantos sitios del mundo

donde he estado, recito poemas que aprendí de su voz: *Mignone, allons voir si la rose...* o *Quand tu serais bien vieille...* Ambos desdenábamos la última poesía fatigada del surrealismo, pomposa, sabida, que nos llegaba de París. Rimbaud seguía siendo para nosotros novedoso; cuando buscábamos la música verbal que no había devorado «la prosa del periódico» recitábamos *La Chanson du mal aimé* o *Sous le pont Mirabeau*, de Apollinaire.

Yo buscaba, no obstante, algo distinto en poesía. Como los novelistas que admiraba, no quería *describir* sino *construir*. Nueva York era el arquetipo mismo de la construcción: un volumen de hermosura precisa en donde nadie se sentía extranjero. Al cabo de cuarenta años en América, W. H. Auden dijo: «No sé si he llegado a ser norteamericano, pero estoy convencido de que soy neoyorquino». Yo no lo era.

El verdadero ciudadano de una metrópoli necesita de una inevitable maduración, que sólo la da el tiempo. Nunca llegaría a interesarme verdaderamente por esa ciudad que veinte años después me pareció un sitio ruinoso y maloliente, con calles y establecimientos como recién salidos de un bombardeo, donde podía repetir a Saint-John Perse: «Grasas, aspirados alientos, y el vaho de un pueblo contaminado, pues toda ciudad se ciñe de inmundicias».

Me despedí de mis compañeros de trabajo. Florence quería consultarme un proyecto personal antes de que partiera. Nos fuimos a una cafetería europeizante adonde íbamos algunas veces al término de nuestras jornadas de trabajo. En esas ocasiones ella intentaba explicarme todas las posibilidades que sus padres tuvieron de abandonar París cuando se anunció que las tropas alemanas estaban a pocos kilómetros de la capital. Tenía tres años y no había olvidado la desesperación y el pánico de la gente. Cuando le aseguraba que era imposible mantener un recuerdo tan nítido a esa edad, ella tomaba papel y lápiz e imitaba a su padre dibujando las rutas de acceso a lugares seguros en caso de que él desapareciera. Y como efectivamente murió asesinado por la Gestapo, yo le decía que tal vez repetía los cuentos que su madre le hiciera en la niñez.

—¿Qué proyectos me quieres consultar?

—En el caso de que estés de mi parte —me dijo sonriente. Le di mi asentimiento y prosiguió:

—Con cuatro idiomas bien aprendidos, mecanógrafa y dos dedos de frente, ¿no podría irme a trabajar a Cuba, a tu agencia de prensa, o a cualquier otro sitio? Me gustaría salir de esta rutina por un tiempo.

Me pareció una magnífica idea y acordamos que tan pronto llegara a La Habana haría las primeras gestiones y le avisaría lo antes posible. «Estudia

bien el terreno y, sobre todo, no me ocultes la verdad», me dijo. Pero a las dos semanas de estar en Cuba no sólo era incapaz de estudiar el terreno, sino que continuaba oscilando entre dos mundos y sin saber cuál era la verdad.

Empecé a encontrar a mis viejos amigos. Me entrevisté con Mazetti y le transmití el recado de Boan, pero el argentino esbozó una sonrisa sin comentario alguno. Quedamos en que empezaría a trabajar al día siguiente.

Me despertó la luz que en Cuba empieza a centellear desde las seis de la mañana. Al dirigirme a Prensa Latina apenas podía moverme en medio del tumulto que llenaba las calles; pero más visible y tonante que aquella agitación colectiva se imponía la intemperie con que nunca había logrado reconciliarme: el clima de Cuba.

Salí de Nueva York a principios de junio, cuando aún sopla un aire frío al atardecer. Tomé el avión de medianoche que hacía escala en Miami, donde aterrizamos en plena madrugada. Era mi primer encuentro, luego de tres años, con un clima idéntico al de Cuba. Me alojé en un hotel del centro, sin aire acondicionado, y no pude dormir. Por la mañana entré en todas las cafeterías climatizadas que encontré y bebí té frío de continuo esperando la hora de tomar el avión.

Saltar del nublado Nueva York del mes de junio a esta luminosidad avasalladora produce un impacto en que las cosas pierden perspectiva, se integran a un conjunto abigarrado donde los múltiples colores pugnan por dominar el campo visual. El intenso amarillo, el blanco, el azul.

Miami, como La Habana, es un derroche de estos últimos. Aumenta el tamaño de esos objetos que el invierno elude o nubla, la gente parece más vieja, la indumentaria se revela sucia, grasienta, y al tomar un baño vemos rodar el cieno a nuestros pies. Hay que mudarse continuamente de ropa si no quiere asumirse la facha de indigente. Nuestro organismo sufre una transformación súbita, el ritmo del corazón aumenta, la respiración es agitada, se tiene la impresión de que los pulmones se van llenando de una sustancia oleaginosa en que el aire es tan sólo un residuo en la memoria de la asfixia.

Cuando cursaba el bachillerato, esta asfixia llegó a convertirse en neurosis de adolescencia. Andaba siempre a pie, como mis compañeros, bajo aquel sol brutal, y al final de esas caminatas estaba exhausto. Como Pinar del Río no está junto al mar, tomaba un ómnibus que me llevaba en veinte minutos a Las Canas, una playita de la costa sur, o a Santa Fe, un puerto despoblado de la costa Norte. Era agradable nadar allí al atardecer, cuando se iba disipando aquel portón llameante y hermosísimo, frontera de otro universo que imaginaba envuelto de una dulce penumbra, con los puntuales cambios de estaciones tan bien descritos por William Blake en sus primeros poemas.

Pero estos remansos me resultaban contraproducentes: me hacían padecer luego de más calor en las sofocantes habitaciones de mi casa.

No tenía veinte años y ya podía gritar como Paul Nizan: «No permitiré a nadie que me diga que es la edad más hermosa». Para mí no lo fue. Yo era pobre. Acudía al instituto muy de mañana con el pantalón y la guayabera de mi padre, que iba a su bufete a las diez cuando yo estaba de vuelta de las dos primeras clases. Colocaba la ropa de mi padre en el sitio en que él la había dispuesto y volvía a ponerme la mía, la que todos veían con regularidad, la que en definitiva mejor me sentaba. El pantalón de mi padre era demasiado ancho, yo lo ceñía para ocultar la holgura y la guayabera se encargaba de corregir el defecto, o por lo menos así lo creía yo. Una de mis primas me dijo una vez: «Tengo la impresión de que eres un transformista que ama- nece más grueso y anochece más delgado». Ella lo atribuía a mis deseos de aparecer con más kilos de peso. Yo era entonces tan delgado como hoy lo son mis hijos Carlos y Ernesto. No creo, sin embargo, que la ambición y angustia de los adolescentes sean patrimonio de una clase social. Muchos de mis amigos ricos sufrían tanto como yo, pero con una intensidad más compleja y neurótica.

Yo sometía mis angustias a una irritada operación de transferencia: atribuía al clima todos los males del mundo.

Y fui tan fiel a estos excesos que llegué a convertirlos en dogma de fe. Si hay un paisaje que me repugna es el que aparece en la portada de la primera edición española de mi novela *En mi jardín pastan los héroes*: la playa suculenta con las palmeras y su sol de lujo, paisajes de las tarjetas turísticas, estímulos dirigidos a una fascinación que detesto. Para mí es una trampa bajo el sol del castigo.

Conozco a escritores cubanos enamorados de ese paisaje y de ese clima caliginoso. Los poetas *siboneístas* se creyeron herederos de los primeros habitantes de la isla y pensaban que Cuba era un paraíso perdido que aún era posible reanimar. José Lezama Lima, que veía *jardines invisibles en la noche insular* y a quien mató el clima, jadeaba de asma a toda hora en aquella casita de habitaciones húmedas de donde salió para morir; pero el poeta Julián del Casal abominaba del paisaje del trópico y sus descripciones del campo cubano son insuperables.

Otro enamorado del clima de Cuba, si bien de su ámbito urbano y específicamente de La Habana, es Guillermo Cabrera Infante. Guillermo llegó a La Habana en la adolescencia procedente de Gibara, en la provincia oriental, que es la antesala del infierno. La gente de allí no suda nunca. Ni a Cabrera Infante, ni a Pablo Armando Fernández, ni a César López, ni a

Belkis Cuza, nacidos todos ellos en la provincial oriental, les he visto jamás una gota de sudor. Pueden tiritar de frío entre las llamas, y en los inviernos cubanos solían abrigarse como si habitaran en el polo.

Una vez vino a verme un crítico literario inglés que preparaba un libro sobre las ciudades en la literatura contemporánea. Quería conocer La Habana de Guillermo Cabrera Infante, la ciudad personaje de sus libros. Le mostré a Martín Green —que así se llamaba el inglés— lo que aún quedaba de La Habana de Guillermo. Sus reacciones eran vivaces y sudaba hasta por los dientes; pero se mantuvo firme recorriendo escenarios decrepitos, atisbando por las puertas tapiadas los escombros de tabernas perdidas, tratando de descubrir bajo los escenarios del cabaret Tropicana la imagen oculta, borrada ya, de la otra imagen. Cuando le pregunté su parecer me respondió: «*I adore these neglected cities*».

No sé si escribió el ensayo sobre aquella ciudad abandonada, como una de las tantas aberraciones de la estética.

En Prensa Latina comencé a percatarme de que la algarabía popular no era unánime. Las organizaciones revolucionarias comenzaban a manifestar considerables discrepancias. Yo tenía amigos en todas ellas, pero los más íntimos eran Alberto Mora, en el Directorio Revolucionario; Carlos Franqui, en el «26 de Julio»; y Juan Marinello, entre los comunistas.

A Marinello lo conocí en mi más temprana adolescencia, en tiempos en que política y literatura eran inseparables para mí. Aún conservo la foto en que aparezco junto a él: joven y muy delgado yo, entrecano y maduro él (año 1949) mientras lo entrevistaba para el periódico *Vocero Occidental*, de Pinar del Río. Este buen hombre lo tuvo casi todo: sensibilidad, talento, prestigio. Procedía de una antigua familia cubana, propietaria de lo más alto que se puede alcanzar en Cuba y en parte alguna: un *rancio abolengo*. Fue reconocido desde que publicó sus primeros textos y empezó su carrera política. Sin embargo, no era realmente un escritor ni un político. He vuelto a leerlo para tener que preguntarme ¿por qué este portavoz enfático de lugares comunes de la izquierda pudo convertirse en dirigente político?

De adolescente me fue propuesto como ejemplo de probidad y genio, pero en sus momentos más representativos escribía cosas como éstas: «Por dondequiera que le toquemos ese orbe firme y afiebrado de su papelería, le sentiremos la avidez erguida y trabajadora y el latido de las sienes desveladas». Es su impresión de la lectura de Martí. Era realmente un inepto, que se movía entusiasta en ese estilo dominante de los años treinta. Gabriela Mistral lo adoraba. Lo creía hijo directo de José Martí, con quien compartía hasta las iniciales de su nombre. Marinello fue un esteta finisecular, una sensibilidad posmodernista que adoptó el silencio literario para entregarse a una militancia política de manera casi sacerdotal. Lo traté mucho, se estaba horas enteras hablándome

de literatura española. Se jactaba de un catalanismo que siempre vi trabado entre Castilla y su ignorancia. Le gustaba hablar catalán. Como muchos cubanos hijos de españoles, era el perfecto híbrido que las tropas de la colonia hubieran fusilado sin vacilar. Pero no quiero ser injusto, el hombre se impuso el apostolado de la justicia social. Lo acompañé en ocasiones a los actos políticos del Partido Socialista Popular que apenas reunía unos cientos de asistentes. Vestido de blanco, avanzaba con el público hacia la tribuna. La gente —negros, mestizos y marginados de toda clase— se sentían felices con la presencia de aquel hombre tan delicado cuyos discursos entendían a medias.

Porque su oratoria era como su prosa, remedos del Martí finisecular. El mismo escribió que Martí era un *escritor estéril*, en el sentido de que no había creado discípulos; pero no podía evitar la torpe imitación de su maestro.

Como Martí, era Marinello un hombre grave, distante del carácter cubano. Martí carecía de humor, no le interesaba la sátira y mucho menos la parodia, estaba consumido por la pasión ética y no le satisfacía la idiosincrasia frívola del cubano: «Hay que sacarse de la sangre el Madrid cómico», escribió Martí.

Marinello podía estar horas enteras recitándolo. En 1930 reunió la obra poética martiana, casi desconocida, y la publicó y prologó en la colección de libros cubanos que dirigía el eminente etnólogo Fernando Ortiz.

Oí a Marinello explicar cierta vez a un grupo de académicos extranjeros los nuevos planes de enseñanza universitaria. En realidad se oía a sí mismo. Como rector de la Universidad de La Habana —suerte de canonjía que le fue concedida— era una figura honorable totalmente incapaz para el cargo. Cada vez que los visitantes intentaban forzarlo a precisiones, el viejo elocuente se les escapaba. Encarnaba la gracia moral del magisterio. El resto, lo concreto, técnico, estaba en manos del vicerrector Altschuler, una de las inteligencias científicas más hábiles del país, el único cubano a quien vi llorar como un niño al saber la noticia de la muerte de Stalin.

Una noche, Marinello me dijo: «Lo mejor que puedes hacer es irte a la URSS con una beca. Estos son momentos muy confusos y peligrosos». Lo comenté con Manuel Navarro Luna, poeta también comunista y gran amigo y admirador de Marinello. Era del mismo parecer: «Es que la única alternativa que este hombre nos deja es la contrarrevolución». El hombre era Fidel Castro. Empezaban ya las fricciones que culminarían pronto en el proceso contra Aníbal Escalante, otro viejo militante comunista, en 1962. Marinello no tenía poder alguno para influir en la dirección de su partido. Era el presidente; es decir, nadie, un figurón solemne.

Desde muy temprano se parapetó en su oficinita del Consejo Mundial de la Paz, aquel tinglado que montó la Unión Soviética durante la época de la Guerra

Fría. Un lugar estratégico, en el *mezzanine* del Habana Hilton, repentinamente convertido en Habana Libre. Esto le daba oportunidad de cultivar sus relaciones internacionales y de mantener abierta la posibilidad de hacer viajes al exterior. Allí lo visité varias veces. Hacía gala de un entusiasmo que traicionaba su rostro serio y sus ademanes entre tensos y amables.

No creo que esperase compensación alguna por su acendrado sacerdocio, pero sí un mínimo de reconocimiento, y ese reconocimiento tardaba en llegar. Marinello tenía demasiados enemigos, los más feroces eran un poco inexplicables; por ejemplo, la familia de Celia Sánchez no ocultaba el desdén que le merecía. El padre de los Sánchez, médico de Manzanillo, era uno de esos patriotas del interior que veneraban a José Martí y consideraban escarnio inadmisibles el solo hecho de que alguien cultivase una veneración demasiado exagerada hacia su figura. Orlando, hermano de Celia, preferido por sus ideas liberales y por sus andanzas indisciplinadas que hacían públicas las secretas misas *espiritas* de la familia, era un feroz opositor de Marinello. Y Orlando es el tipo que tiene por oficio difundir las fobias y pasiones de la familia. «El pobre Juan tiene los peores enemigos de su vida —me comentó una vez Navarro Luna—; no son los burgueses, sino esa retahíla facinerosa de martianos de provincia».

Los facinerosos, no obstante, estaban obligados a cierto género de reconocimiento, por ello fue nombrado Rector de la Universidad de La Habana, un cargo que había tenido cierto lustre en la antigua República, pero que luego del triunfo de la revolución, se convirtió en mero puesto decorativo. Para los políticos, Marinello fue siempre un intelectual; y para los intelectuales, un político. Sin embargo, al escribir ahora estas estas líneas puedo reconstruir su rostro, y de él dimana una sobria decencia inolvidable. Martí creía que la inteligencia no es lo mejor del hombre. Tal vez tenía razón.

Carlos Franqui es la víctima de la esperanza crónica. Había militado en el Partido Socialista Popular, tal vez su miembro de procedencia más humilde, un campesino de origen que llegó a la enseñanza secundaria a contrapelo de las miserias y que conoció desde niño la rudeza de la vida que siempre suele acompañar al infortunio. Muy joven aún, las injusticias sociales de que era víctima y testigo le llevaron a identificarse con el marxismo. Tras mucho empeño obtuvo una beca para estudiar en Santa Clara, aunque ya para entonces era un lector voraz, y estudiaba arduamente sin dejar por ello de participar en las luchas sindicales, campesinas y populares. Cuando finalizó la segunda enseñanza, no pudo conseguir una beca para ingresar en la Universidad, debido a sus ideas políticas; pero de todos modos se fue

a La Habana donde los comunistas, lejos de ayudarlo a estudiar lo enviaron de nuevo a Las Villas como activista del partido, donde realizó una intensa labor propagandística entre obreros y campesinos.

Cuando regresó a La Habana obtuvo trabajo de corrector de pruebas en el diario *Hoy* el órgano oficial del partido, dirigido por Aníbal Escalante quien, según el propio Franqui, ya entonces se mostraba como un «déspota». Era lo que los comunistas llaman «un hombre de la base»: los que ninguna tentación burguesa puede corromper, los que han acumulado demasiado dolor y miseria, individuos con verdadera «conciencia de clase». En 1946, tras una discusión con Escalante, dejó el periódico y el partido y terminó enrolándose, un año después, en la fracasada expedición de Cayo Confite, organizada para derrocar al dictador Trujillo, donde conoció a Fidel Castro y a muchos de los que luego lucharían junto a él contra la dictadura de Batista.

Franqui fue siempre un radical, y aunque la experiencia lo ha llevado a separarse de sus ejecutores políticos, la fe en esa «partera de la historia» no lo ha abandonado por completo.

Sin embargo, el Franqui que conocí en los años cincuenta tenía escasas posibilidades de convertirse en el revolucionario de varios años después. Entonces su pasión era el arte: la literatura, la pintura, la música. Formó parte de la sociedad cultural Nuestro Tiempo, que el Partido Comunista llegó a penetrar y a dominar, aunque era una institución abierta a todas las tendencias de vanguardia cultural.

Nuestro Tiempo organizaba conferencias, conciertos, recitales, exposiciones, y su presidente más notorio fue Harold Gramatges, compositor de talento, comunista militante, y más tarde embajador del gobierno cubano en París. La sociedad cultural editaba una modesta revista literaria en la que muchos escritores colaboraron. Carlos Franqui entre ellos. Su primera colaboración fue un poema dedicado a la rosa. La rosa en Cuba es algo más que una flor: alude siempre a los famosos versos del José Martí revolucionario, que padeció la envidia de sus compañeros durante la lucha contra la colonia española.

Franqui cree con Martí que lo ético está por encima de cualquier realismo político; por eso no podía aceptar la fría disciplina de los comunistas; pero tuvo además una experiencia que lo alejó definitivamente de ellos: quisieron obligarlo a que se hiciera responsable (en tanto que corrector de pruebas del diario *Hoy*) de ciertas alusiones de un artículo que no satisfizo al general Batista, con quien en ese momento habían pactado. Franqui no

se avino a ello y buscó en otras organizaciones revolucionarias un camino para su vocación pública. El que más digno apareció a sus ojos fue el Movimiento 26 de Julio, que tomaba el nombre de la fecha del asalto al Moncada, en 1953.

Oficialmente, Franqui era un periodista del Canal 2; pero, de hecho, organizaba la oposición urbana a Fulgencio Batista. Se hizo responsable del frente informativo y en la clandestinidad creó *Revolución*, que después de la caída de Batista se convertiría en órgano oficial del «26 de Julio».

Tan pronto llegué a Cuba me incorporé a su periódico. Colaboraba en la página internacional y en el suplemento literario *Lunes de Revolución*, dirigido por Guillermo Cabrera Infante, quien de inmediato me ofreció sus páginas. Nunca antes en Cuba hubo un suplemento literario unido a un periódico de circulación masiva. Esto fue obra de Franqui. E igualmente suya fue la creación de «Ediciones R», que comenzó a editar, bajo la dirección de Virgilio Piñera, la obra de jóvenes escritores que no tenían acceso a otras editoriales. La activa participación de Virgilio, que procedía del grupo Orígenes, compuesto por artistas y escritores que no ocultaban su indiferencia política, fue también obra de Franqui.

En torno suyo coexistían también, bajo múltiples disfraces, los enemigos más feroces manipulados por la policía. El mayor peligro de Franqui era la extravagante alianza de apasionado de la literatura, la música y la pintura con el carácter de militante que había demostrado entereza y valor frente a la represión impuesta por el gobierno de Batista. Fidel Castro fue el primero en advertir ese peligro. De él sin duda debió partir la orientación que mantuvo a Franqui a distancia de los actos culturales, sobre todo juveniles, que fueron puestos bajo la atención y vigilancia de los cuadros de mando de la vieja ortodoxia comunista. Para éstos el artista debía ser «el ingeniero de almas» propuesto por Stalin, sancionando el *realismo socialista* que se empeñó en dorar las letrinas de la represión política.

Cuando empezaban a organizarse los nuevos ministerios, Fidel le preguntó a Franqui cuál de ellos prefería. «El de Cultura», respondió Carlos. Fidel le ofreció otras carteras de mayor responsabilidad, incluso, la de Trabajo, pero no la de Cultura. Carlos rehusó y continuó de director de *Revolución*. Tal vez los enemigos de Franqui ignoren que si hubo un periódico polémico, al que fueron hostiles los más conspicuos dirigentes, ése fue *Revolución*. Fidel lo visitaba casi a diario, hasta dictaba sus grandes titulares; pero nunca llegó a considerarlo suyo, sino otro instrumento que podía utilizar.

Franqui era el portavoz del espíritu democrático, antisectario, que el mundo entero vio en la revolución cubana. Frente a la sorda oposición

de los «duros», de los prosoviéticos, Franqui logró que Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir visitaran Cuba y se convirtieran en sus aliados más convincentes y activos. Sartre dijo y escribió sobre Cuba lo que quiso e imaginó, se sintió conmovido como artista y como filósofo al ver la historia en acto, haciéndose, transformándose, expresándose en una dialéctica que antes sólo había visto pasar por su escritorio. Franqui fue el *manager* personal del club democrático de Fidel Castro, así como Edith García Buchaca fue la promotora tenaz del club de los estalinistas.

Carlos Franqui, compañero de Fidel Castro en la intentona de liberar la República Dominicana y en la insurrección contra Batista, procedía de una ética primordial de la cual Fidel no podía percatarse. Revolución y poesía eran términos afines para Franqui. No creo que lo fueran para Castro. Pero hay que reconocer a las ironías de la Historia, el que ambos fueran compañeros en dos instantes cruciales de sus vidas. Tanto el campesino que conoció la miseria, como el rico estudiante de Derecho, reaccionaron de la misma manera ante el panorama político de la vida cubana, ambos optaron por las vías extremas de la revolución.

El caso de Alberto Mora es distinto. Era más joven que yo y desde su adolescencia participó en actividades políticas. Su padre, Menealo Mora, fue representante a la Cámara hasta el golpe de Estado de Batista y posteriormente se unió al grupo del Directorio Estudiantil Revolucionario en el asalto al Palacio Presidencial para dar muerte a Batista. Meses antes del asalto, Alberto fue arrestado y acusado de conspiración. En la cárcel supo la noticia de la muerte de su padre, y el Gobierno le permitió asistir al entierro. En las fotos tomadas por la prensa en esa ocasión, aparece Alberto, joven, muy delgado, cabizbajo, junto a sus compañeros.

Volvimos a encontrarnos en Miami. Repartíamos el *Diario de las Américas* de casa en casa. Al triunfo de la Revolución se apartó de casi todos sus amigos escritores. Se había radicalizado y consideraba que sus amigos no respondían correctamente a las exigencias del momento. En la rivalidad existente entre el «26 de Julio» y el Directorio Estudiantil se puso de parte del 26. Esto le produjo el rechazo y la censura de sus antiguos compañeros de lucha, sobre todo de Faure Chomón, jefe del Directorio. Ambos eran comandantes y ministros, de Transporte y Comercio Exterior respectivamente.

Alberto Mora era un genuino intelectual político. He conocido a pocos cubanos con su cultura literaria, filosófica y musical. En los últimos años de su ministerio, viajó a Europa con frecuencia y buscó un acercamiento con sus viejos amigos. Le preocupaba, sobre todo, Guillermo Cabrera In-

fante, con quien tuvo una amistad entrañable. Temía que Guillermo no aceptara la reconciliación, pero no fue así. En uno de sus viajes, coincidimos Guillermo, Pablo Armando y yo en París. Se sintió asombrosamente feliz entre nosotros. Hablamos, recitamos poemas, nos fuimos a las *boites* de jazz, y allí Guillermo le hizo una lista de los discos que debía comprar para ponerse al día.

Pablo fue el encargado de comprarlos en Londres, en donde desempeñaba el cargo de consejero cultural. En Londres quedamos en reuniones de nuevo, pues todos teníamos allí trabajos pendientes; pero Guillermo tuvo que regresar urgentemente a Bruselas, donde se ocupaba de los asuntos culturales de nuestra embajada.

En Londres pude hablar largamente con Alberto. Yo venía de Moscú y mis informaciones sobre Cuba estaban siempre purgadas por una mediación amable o maligna. Alberto me informó de todo, no mintió ni *editorializó* nada. Pablo Armando estuvo presente en aquella conversación en su casa. Alberto estaba emocionado y tenso. Bebió una y otra vez; a medida que aumentaba su monólogo, Pablo y yo advertíamos que los ojos se le iban nublando de llanto. Esto ocurría en el año 1965, cuando aún los cubanos con cargos de importancia podíamos permitirnos este género de confesiones.

¿Quién era yo realmente? ¿Una suerte de esteta crepuscular que paseaba sus maltrechas esperanzas entre los aeropuertos del Este y del Oeste, entre mundos en pugna? Iba aumentando en mí un sentimiento de extrañeza, la «otredad que padece lo uno», de que habló Antonio Machado. En París me miraba al espejo preguntándome qué ocurriría. En Budapest me hacía la misma pregunta con una sola variante: ¿qué hacer cuando ya no se cree?, ¿qué hacer con la vieja esperanza?, ¿qué pensaban de mí los demás?, ¿qué pensaban los enemigos de este transeúnte sarcástico y sensual? Sin embargo, la CIA nunca se acercó a mí, como sí hizo con tantos otros.

Aquella noche en Londres, Alberto estaba literalmente desgarrado. De repente se puso de pie y salió a la calle. Tuvimos que correr Pablo y yo detrás de él, trataba inútilmente de encontrar un taxi, hasta que al fin cayó rendido de fatiga y sollozando. Lo llevamos al hotel. Tumbado sobre la alfombra continuó llorando como un niño.

Era el ministro más joven del Gobierno y uno de los más capacitados. Hablaba inglés y francés. Su biblioteca era amplia y rigurosa, se hizo el propósito de obtener la más completa información sobre cuestiones económicas. A los cuatro años en su cargo podía discutir con absoluta seguridad sobre todos los temas relacionados con la economía. Fue el primero en llamar la atención sobre el despilfarro de divisas que estaba produciéndose

en todos los niveles. La alarma cundió en las más altas esferas y el Che Guevara fue nombrado presidente del Banco Nacional. El Che desempeñó el cargo con su habitual rigor: cada transferencia bancaria debía recibir su aprobación personal. Opuso un cerco militar a la fuga de divisas, y tanto la Junta Nacional de Planificación como el recién creado Ministerio de Comercio Exterior, puesto en manos de Alberto, iniciaron una labor de conjunto para frenar el despilfarro.

En ese tiempo se sentía menos inquieto. Trabajaba hasta muy tarde. Yo iba a buscarlo al noveno piso del edificio de Infanta y 23 donde tenía su despacho de ministro. Le preocupaba la escasez de técnicos para el trabajo de representantes comerciales de la veintena de empresas que constituían Comercio Exterior y, para colmo, la Seguridad del Estado y la Contrainteligencia trataban de situar cada vez más agentes en sus oficinas. Al principio ocupaban cargos de clavistas; ahora pretendían ampliar su actividad al área económica. Alberto discutió el asunto varias veces con Ramiro Valdés, ministro del Interior, que insistía en la necesidad de fortalecer la vigilancia de los cuadros técnicos, la mayoría sin formación ideológica, y por lo mismo expuestos al soborno del enemigo.

En cuanto a la falta de formación ideológica, tenía razón Valdés, pero no podía limitarla a los representantes comerciales. A una de las empresas de Comercio Exterior llegó una carta devuelta de Inglaterra en la cual uno de los agentes disciplinados de la inteligencia que desempeñaba su trabajo en Londres era informado de que los santeros¹ del pueblo de Regla que lo protegían habían hecho todos los trabajos esotéricos necesarios para garantizar su permanencia en Europa.

Yo leí la carta. Alberto reía a carcajadas; pero luego callaba largo rato. También le inquietaban las comisiones especiales que iban haciendo compras por el mundo entero, en áreas de divisas convertibles al margen de su ministerio, adquiriendo equipos costosísimos y productos múltiples que los planes de Fidel Castro necesitaban. Todo ello sin tener en cuenta la planificación de las áreas geográficas de acuerdo con las asignaciones económicas de la Junta Central de Planificación. Los pagos de esas compras afectaban los marcos otorgados por Planificación a las empresas de Comercio Exterior; pero el despilfarro provenía de manos intocables: las manos de Fidel.

¹ Miembro de alguno de los cultos sincretistas de origen africano que constituyen la religión más popular y extendida en Cuba.

En 1959 el viejo Partido Comunista actuaba en la sombra. Mucha gente no había ocultado su sorpresa cuando en los últimos meses del año anterior y cuando el triunfo de la Revolución parecía asegurado, Carlos Rafael Rodríguez, uno de los más prominentes hombres del partido y exministro sin cartera del primer Gobierno de Fulgencio Batista, fuera acogido en la Sierra Maestra para expresar la adhesión de los comunistas a la lucha armada, y acaso para tratar de borrar el efecto que produjo el ataque que los comunistas habían lanzado contra Fidel Castro el 26 de julio de 1953, donde el calificativo más benigno que emplearon fue el de *putchista*.

En realidad el único contacto que ese partido tuvo con el marxismo fue el arsenal de improperios con que Marx enjuició a sus contemporáneos. Ni Juan Marinello ni Carlos Rafael Rodríguez han dejado un texto que pueda llamarse propiamente marxista. Ninguno de ellos sintió la exigencia de un análisis científico de la realidad cubana. Para ellos la política era un sucedáneo del impulso poético. Sus discursos son un compendio manido de sufrimientos populares y cifras que ilustran la explotación ejercida por el imperialismo sobre nuestros países. Proclaman todos la fe colectiva de redención, con símiles de montañas como la Sierra Maestra o el Ávila de Caracas, aludiendo siempre a un fondo de geografía ampulosa; pero los comunistas actuaban en la sombra. Fidel les dejaba que disfrutasen del morbo clandestino del que nunca lograron curarse. Todos los ministros eran miembros del «26 de Julio», pero en cada ministerio había un asesor a quien el solo hecho de ser militante comunista otorgaba una condición de infalibilidad que ni sus mayores disparates hacían poner en duda. Uno de estos *brillantes* asesores fue León Torras, economista de afición que escribía comentarios para el periódico del Partido. Si este hombre no llega a mo-

rir a tiempo hubiera convertido a Cuba en una sucursal de muebles chinos de Pekín. Los protocolos de intercambio comercial que suscribió fueron posteriormente estudiados en las escuelas de Comercio Exterior como el ejemplo de la irracionalidad absoluta.

Nunca milité en el Partido Socialista Popular, pero contaba con la simpatía personal de algunos comunistas. Navarro Luna, poeta oficial del partido, llegó a pedirme que prologara la primera antología de sus versos. Así lo hice, y el libro fue editado por la Unión de Escritores. Las razones por las que tanto él como Marinello me trataban con simpatía y me hablaban con sinceridad, siempre me parecieron misteriosas; ni siquiera hoy puedo explicármelas. Descarto la admiración intelectual, tan secundaria en un complejo proceso político donde prevalecen valores que excluyen la literatura. Nicolás Guillén me hizo objeto de la misma deferencia en 1962, al mencionar mi nombre entre los tres poetas jóvenes más importantes de Cuba.

Navarro Luna publicó un hermoso ensayo sobre mi poesía en la revista *Verde Olivo*, órgano oficial de las Fuerzas Armadas Revolucionarias. El viejo llegó a decir que yo era uno de los grandes poetas de nuestro tiempo. Su afirmación fue legitimada por el poderoso organismo que representaba la revista.

Me dijo Navarro que el propio comandante Guevara, verdadera fuerza rectora de *Verde Olivo* y Prensa Latina, había aprobado personalmente la publicación del ensayo, no sin el disgusto del director, Luis Pavón Tamayo, un versificador recién llegado de Holguín que se empeñaba en aumentar su figurita de pelele con ambiciones descomunales de poder. Lo tuvo algún tiempo, cuando Fidel accedió a conceder al ejército la dirección de la cultura, como hicieron los dirigentes chinos en sus legendarias «brigadas rojas».

Después de haber hecho alarde de su resentimiento en los comentarios firmados con el pseudónimo de Leopoldo Ávila, el enano de Holguín arremetió contra sus antiguos obstáculos literarios y publicó un librito de poemas que era más una guía sentimental de viajes por el mundo, que el testimonio apasionante de la Revolución que se esperaba de él. Echado a puntapiés del cargo, se vio flotar a la deriva como el papanatas que era, hasta convertirse en un alcohólico. Hoy es la mala sombra del montón de canalladas impunes que cometió en nombre de la Revolución y de la clase obrera.

El papanatas tenía voz meliflua, un cultivado aspecto de orfandad campesina, y ese talante reverencial y abyecto que predomina en momentos en que el caudillo pide lealtad incondicional. Pavón contó con la estrecha colaboración de la Seguridad del Estado, que le prestó el término con que justificó las tantas *depuraciones* llevadas a cabo en los sectores artísticos: *parámetro*. Se llenaban o no se llenaban los *parámetros*. El Consejo Nacio-

nal de Cultura creó equipos de comisarios políticos para juzgar (parametrar) a cada uno de los miembros de los grupos artísticos y asociaciones culturales del país. Se hacía tomando en cuenta la información policial que se nutría de los testimonios de sus informantes.

La conducta sexual era factor determinante. De un *maricón* o una *lesbiana* lo primero que se esperaba era desafección al régimen. El homosexual no era un problema de la nueva sociedad, sino al contrario, una lacra del antiguo régimen que tenía por objetivo principal socavar o negar el actual proceso social. Pavón creía agregarle pulgadas a su estatura cada vez que rebajaba con infundios a los pobres bailarines de ballet o a actores mal pagados. Dio más prebendas a poetastros y narradorcillos que en los peores años de la condenada corrupción del pasado; pero la dirección política pensaba que un determinado grado de venalidad era inevitable para llevar a cabo sus propósitos.

Muy altos dirigentes decían que no se actuaba aún con la audacia necesaria para «golpear» a ciertos sectores del país demasiado *sensibles* y peligrosos porque suelen despertar la solidaridad internacional. Pavón fue el ensayo. Desde *Verde Olivo* él articulaba la ofensiva en colaboración con viejos profesores con ínfulas de literatos que ilustraban al pie de la letra aquel resentimiento en la moral de que hablaba Max Scheller.

El principal ingrediente de su celo revolucionario era la ineptitud, celo que exigía un arte consabido y mostrenco; es decir, accesible a las masas recién alfabetizadas. Originalidad o gracia eran desmanes. ¡Qué época! Grotesca y trágica a la vez. En una isla caribeña donde lo único notorio era Fidel Castro, los que vivían a su alrededor se empeñaban en jugar a la Historia. En Cuba se hablaba en serio de las inevitables simetrías entre la Revolución de Octubre y la Revolución cubana. Cada fase era una acción refleja. En tal sentido Roberto Fernández Retamar negaba que Nicolás Guillén fuera el poeta de la Revolución; a lo más que podía aspirar era al papel de Block; el Maiacovski estaba a punto de nacer. Fidel, por supuesto, era Lenin; Pavón, Sdanov; pronto empezó a hablarse de la primera generación de la Revolución, de la segunda y hasta hubo generaciones semanales. Un hábito que ha venido a repetirse en el exilio, donde se habla hasta de «la generación del Mariel», el muestrario más diverso que ha producido Cuba; pero esto vino después.

Los años 59, 60, 61 y 62 fueron cruciales para todos. Se empezó a dividir el país aceleradamente. El exilio de los dos primeros años careció de importancia para nosotros. Constituía la fuga de intereses creados que daban como un hecho el próximo retorno. El gobierno norteamericano se encar-

garía de ellos. La redacción de la revista *Bohemia* se trasladó casi en su totalidad a Estados Unidos para continuar orientando la oposición a quien había prohibido con celo paterno. HONOR Y GLORIA AL HÉROE NACIONAL fue la portada del primer número de su «edición de la libertad», ilustrada con un dibujo del perfil de Fidel Castro. Así inauguró el director de *Bohemia*, Miguel Ángel Quevedo, el método que imitarían todas las publicaciones cubanas. Cada vez que el comandante anunciaba una comparecencia pública, el reclamo iba ilustrado con una fotografía. Celia Sánchez era la encargada de elegir la foto.

Al cabo de los años han venido a reunirse en un mismo exilio los cubanos que en un tiempo se aferraron a las ideologías más diversas. Fidel Castro borró discrepancias que parecían insuperables. Ninguna dictadura del pasado de Cuba le ha ganado en vesania y arbitrariedad; pero ninguna organización política ha logrado la unidad necesaria para oponérsele, entre otras cosas porque el exilio está lleno de víctimas.

ÍNDICE

Pliegos de testimonio	7
1	9
2	11
3	27
4	34
5	42
6	46
7	55
8	65
9	71
10	80
11	91
12	106
13	113
14	120
15	128
16	141
17	150
18	157
19	168
20	182
21	195

